

"TIERNO Y AMANTE, JESUS NOS INVITA"

Cierta vez se descompuso la máquina de un tren que atravesaba las montañas de Tennessee, y los pasajeros quedaron detenidos en un hotelito de campo mientras se hacía la reparación. Una señorita y un joven que se encontraban entre los pasajeros entraron juntos en el vestíbulo del hotel. En un rincón de la sala se encontraba un piano antiguo. La única otra persona que ocupaba la pieza era una anciana que evidentemente vivía allí. Afuera estaba oscuro y llovía, pero esto parecía no perturbar a un grupo de haraganes que estaban allí fumando junto a una ventana. Para pasar el tiempo, la señorita se sentó al piano y comenzó a tocar algunos cantos. Se le acercó luego la anciana y le dijo:

"Yo había estado pensando, querida, que si pudieras cantar algún himno antiguo sería muy bueno. ¡Quién sabe si ello no ayudaría a algunos de esos pobres muchachos allá afuera! Lo más probable es que estén alejados de sus hogares, y que escuchen muy poco de la buena música, de la música del Señor".

Después de vacilar, la joven consistió y, junto con su acompañante, cantó un himno. La anciana escuchó con evidente complacencia. Los hombres que estaban afuera dejaron sus pipas y suspendieron la conversación. Entonces la joven cantó sola el himno "Tierno y amante, Jesús nos invita".

(Una señorita puede cantar el himno.)

Al terminar de cantarlo, un joven de los que estaban afuera se enjugó una lágrima. Precisamente entonces se anunció que se había reparado la máquina del tren, y que los pasajeros podían subir en él.

Varios años más tarde, el joven que se había unido a la señorita para cantar se encontró en un grupo de personas que escuchaban a un evangelista. Este cantó el mismo himno que la señorita de esta historia había entonado en el hotel. Cuando el evangelista terminó, dijo a sus oyentes: "Recuerdo muy bien la primera vez que oí cantar este himno. Me encontraba del lado de afuera de un hotelito ubicado en las montañas de Tennessee, por donde yo había andado malgastando mi juventud como un verdadero hijo pródigo. Una tarde unas pocas personas quedaron detenidas porque el tren en que viajaban se descompuso. Algunas entraron al hotelito y una voz de mujer que nunca podré olvidar, cantó este hermoso himno. Dondequiera que iba en los días siguientes siempre me parecía escuchar su voz al entonar estas palabras: '¡Venid, venid; tristes, cansados, venid! y aquello, para mi vida errante por lo menos, fue el fin'".

Entonces se adelantó el asombrado hombre que se hallaba en su público y contó el resto de su historia. Se refirió al pedido de la anciana de que cantaran un himno en la esperanza de que con ello se beneficiarían algunos de los muchachos que estaban afuera. Nadie puede calcular con exactitud el poder de un himno.